

cuestion en estos términos — y en estos términos la hemos establecido (Véase Conf. 1., § 5), — derecho tenemos de quedar sorprendidos al ver que haya eclesiásticos que puedan hallar exageracion ó peligro en nuestros asertos. Y no hay que olvidar que esta doctrina es la de todos los teólogos, de todos los apologistas de la religion, los cuales, á imitacion del gran Santo Tomás (SUMMA, c. *Gent.* lib. I, c. iv.), no dieron mas base á la *necesidad de revelacion* que la imposibilidad del hombre de conocer por sí mismo, como *tiene necesidad de conocerlo*, lo que mas le importa conocer.

Tambien debiérase tener presente que, en cada página de la Escritura sagrada, en el antiguo Testamento tanto como en el Nuevo, en los profetas, y en las palabras del mismo JESUCRISTO, vemos la revelacion divina comparada á la luz; lo cual nos enseña, dice un gran intérprete, que la revelacion es á los ojos del espíritu lo que la luz material es á los ojos del cuerpo: *Quia fides lux est animarum.* (A LXP., in II *Matth.*) Esta comparacion es por sí misma un rayo de luz en la cuestion que nos ocupa; y encierra esta imágen tanta filosofia como poesia, toda la economía establecida por Dios para la instruccion del hombre, esto es, el poder que tiene de *conocer* lo espiritual por los mismos medios que tiene de *ver* lo material. Y porque la economía de la *vision* es la mas propia á representarnos la economía del *conocimiento*, las palabras *ver* y *conocer* significan, en todas las lenguas habladas, la vision y el conocimiento materiales, como tambien la vision y conocimiento espirituales; y por esta misma razon Santo Tomás llama á la vista el mas *intelectivo* de nuestros sentidos.

Para ver los objetos materiales necesita á la vez el hombre de la luz y del órgano de la vista. Por mas perfectos que sean los ojos de un hombre, es claro que ningun objeto podrá este ver, ni aun siquiera á sí mismo, si se halla en un aposento completamente oscuro. Del mismo modo, para conocer los objetos del órden espiritual, el hombre tiene necesidad de la luz de la revelacion divina, no menos que de la inteligencia y la razon. Figurémonos un hombre dotado de la inteligencia mas sutil, de la razon mas robusta; imáginese por una hipótesis muy poco posible, que haya podido desarrollarse y progresar fuera de toda sociedad en la cual, mas ó menos puro, mas ó menos alterado, se halla el depósito de las revelaciones divinas; imáginese que se halla privado de toda luz emanante de estas revelaciones; pues bien, en este caso, no conoceria ni podria conocer cosa alguna de los objetos del mundo espiritual, ni aun se conoceria ni podria conocerse á sí mismo.

Tal era el salvaje del Aveyron cuyos movimientos anunciaban *ideas*, pero no el menor *conocimiento*.

El Dios que ha hecho que el hombre pueda *tocar, gustar*, INMEDIATAMENTE los objetos sensibles, podía haber hecho igualmente que pudiese ver el hombre inmediatamente los objetos *sin luz*; pero no lo ha querido así. Al contrario formó al hombre de manera á que nada pudiese ver sin luz, para enseñarnos de ese modo que nada puede conocer el hombre interior sin revelacion.

El mismo Dios que crió el ojo y la luz para ver, estableció la razon y revelacion para conocer. No hay vision de objetos materiales sin luz, ni conocimiento de las cosas intelectuales y morales sin la revelacion dada por Dios, segun San Pablo, desde el principio del mundo; sin esa revelacion que difundió Dios en el mundo para el conocimiento de la verdad, del mismo modo que hizo brillar la luz material para la vision de los cuerpos: *Deus qui jussit de tenebris lumen splendescere, ipse illuxit in cordibus nostris.*

Al ver los objetos materiales por la luz, puede el hombre considerarlos atentamente, distinguirlos, compararlos, apreciarlos á su justo valor, conocer su naturaleza, sus fuerzas, el uso que de ellos puede sacar; pero no *descubre* estos objetos por *su ojo*; solamente los ve *por su luz*. De la misma manera el espíritu humano, al conocer las cosas espirituales por la revelacion, puede explicarlas, discutir las desarrollarlas, aplicarlas; pero no las inventa, no las descubre por su razon, sino tan solo las conoce por la *revelacion*. Y, así como, por la experiencia puede pasar de la mera *vision* á la *ciencia* de los objetos materiales, del mismo modo puede, mediante el discurso, elevarse del mero *conocimiento* á la *ciencia* de las cosas espirituales. Pero, como la *ciencia* de los objetos materiales implica la vision, y la vision la luz; del mismo modo la ciencia de las cosas espirituales supone el conocimiento y el conocimiento la revelacion; en términos que pretender llegar al conocimiento de las verdades inmateriales sin conocimiento *de especie alguna*, y prescindiendo de toda especie de revelacion, aun de la natural, aun de la social, es tan necio como el querer distinguir los objetos físicos sin luz.

« El espíritu humano, dice Orígenes, busca la verdad como el ojo busca la luz; » pero para hacer ó producir la verdad, se halla tan imposibilitado el espíritu, como el ojo para producir la luz. La luz por do quier se difunde independientemente del ojo, ilumina los objetos y los vuelve *visibles*. Del mismo modo la revelacion brilla por do quier

independientemente de la razon, iluminando las cosas intelectuales y volviéndolas *cognoscibles*; y de este modo la revelacion es la luz del alma: *Quia fides lux est animarum*.

Así como en el orden físico la luz no produce vision sino para los ojos sanos, del mismo modo, en el orden espiritual, la revelacion no produce conocimiento sino para la sana razon. El conocimiento de la verdad es el premio de la razon que de sí misma se desconfia, de la razon que se humilla, de la razon que se cautiva, de la razon que se somete; tal es la *razon sana* que puede conocer la verdad por la luz de la revelacion. Pero hay otra especie de razon, y es la razon orgullosa, la razon que en sí misma se atrinchera, que todo lo espera de sí misma, que todo pretende asirlo por sí misma, en una palabra la razon *enferma*, la razon muerta, la razon que cesa de serlo, la razon que queriéndolo ser todo, nada es. Tal es el estado en que gimen nuestros filósofos. Esos grandes *racionalistas* no pasan, en el fondo, de seres sin razon, seres privados de la *sana* razon, de ese ojo del alma que se arrancaron así mismos, y sin el cual les es tan imposible aprovecharse de la revelacion que les rodea, como á un ciego le es imposible aprovecharse de luz que lo inunda. Así nada tiene de extraño que no conozcan lo que conoce todo el mundo, que no crean lo que todo el mundo cree. Nada tiene de extraño que en vano se les hable de religion, y que se haga brillar en su presencia las luces de la revelacion primitiva, de la revelacion cristiana. No hay que sorprenderse de que, bañados por doquier por la luz de esta revelacion, de esa revelacion que hallan en la familia, en el pueblo, en la sociedad, no conozcan á Dios, ni á Jesucristo, ni al hombre, ni los deberes; que sean escépticos, panteistas, fusionistas, materialistas, ateos; que *todo* la sean menos lo que debieran. ¿Cómo ha de ser? Carecen de los ojos del entendimiento, y son pobres ciegos que conducen á otros ciegos: *Cæci sunt, et duces cæcorum*.

Esta doctrina sobre la imposibilidad en que se halla la razon de conocer bien el mundo intelectual, sin el socorro de la revelacion, del mismo modo que el ojo humano no puede conocer el mundo material sin el socorro de la luz, la confirma la experiencia de todos los tiempos y lugares. Así en vez de motejarnos de querer destruir la razon, lo mejor que pudieran hacer nuestros respectables críticos, era el probarnos, *por los hechos*, que la razon humana, caminando sola, y aislándose de las tradiciones y creencias universales, ha llegado al conocimiento *puro, preciso*, y cierto de la verdad. Pero tal demostra-

cion es imposible, pues la historia de la filosofia nos enseña en qué tiempos y en qué lugares, aislándose de la religion, destruyó la filosofia toda religion, toda verdad; pero en ninguna parte nos enseña que esta misma razon haya nunca encontrado y afianzado en sólidas bases verdad alguna, ni purificado de sus errores las falsas religiones. Lo hemos dicho y lo hemos probado en nuestras tres primeras conferencias, y aquí lo repetimos: no se puede citar una sola verdad en el orden intelectual y moral, que, *completamente desconocida en el mundo*, haya sido descubierta por la filosofia. Si se separa, en los libros antiguos, « lo que sacaron, segun las palabras de San Agustin, en las minas de las tradiciones universales; » si se cercenan las verdades que sacaron de la sociedad, del *pueblo*, que ya las conocia, que las creia *antes que ellos y mejor que ellos*, lo que queda de estos libros no es mas que un ignoble farrago de sistemas á cual mas sandios, de ignobles extravagancias, y, en el fondo de todo, la duda de todo lo universalmente creído, en otros términos, el escepticismo mas devorador.

Lo mismo ha sucedido en los tiempos modernos, desde que la filosofia, separándose del cristianismo, ha querido caminar sola. En efecto, recorriendo todas las fases de la filosofia antigua, ha renovado todos sus sistemas, todos sus errores, y ha llegado al mismo resultado.

Todo el mérito de la enseñanza filosófica estriba únicamente en lo *verdadero*, como de las obras de arte en lo *bello*; y es tan escaso lo *verdadero* en la enseñanza filosófica de nuestros dias, como lo *bello* en los cuadros de los chinos y en las construcciones de los salvajes. Tan léjos están de la verdadera filosofia los sistemas filosóficos modernos, como distan de la verdadera religion las herejias. Si se separa de las obras de nuestros filósofos las pocas ideas cristianas diseminadas aquí y acullá, los restos de la enseñanza filosófica que aprendieron en su niñez, lo que queda causa compasion. Vemos, en efecto, el oropel de la imaginacion sustituido al oro de la ciencia, doctrinas vaporosas, principios sin coherencia, palabras sin significacion, ausencia de toda certidumbre, carestia de toda verdad. Desde Bayle hasta Jouffroy, toda la ciencia de la filosofia moderna puede resumirse en esta palabra de Sócrates: « Lo único que se es nada se. » Todo en esta filosofia es espantoso, informe, disforme; todo presenta la confusion, el desorden, la ignorancia, las tinieblas; todo es un caos verdadero, pero sin el espíritu de Dios sobre las aguas, para escombrar la superficie del caos y fecundarlo. Esta pretendida filosofia no es mas que la agonía de la ciencia que

lucha entre el ateísmo su base, y el escepticismo su última consecuencia.

§ VIII. Continuacion del mismo asunto. Grandes ingenios que han llegado á ser pequeños por haber querido cultivar la filosofía sin religion. El señor Cousin y Jouffroy. Los grandes filósofos solo cultivaron la filosofía religiosa. Injusticia del achaque imputado al autor de las Conferencias de atacar la razon.

Tampoco admite duda que el catolicismo es la sola religion que posea un valor científico, de que carecen y deben carecer las demás religiones; y esta es otra prueba de que es la sola RELIGION VERDADERA. Sígnese este principio que solo el catolicismo es la sola religion que puede dar á la ciencia una base sólida, fecundarla, elevarla; y que, fuera de él, no hay verdadera ciencia filosófica, porque no hay verdad claramente definida, cierta é inmutable. La primera condicion, la condicion *sine qua non*, para todo hombre que quiere progresar verdaderamente en la filosofía, es marchar en las vias del catolicismo, es inspirarse de su sublime enseñanza, y alumbrarse por su luz. Fuera del catolicismo, toda religion progresa como el cangrejo, esto es hácia atrás, ó, en otros términos, progresa en la direccion del error ó de la nada; y todo espíritu filosófico, sea el que fuere, se vuelve pequeño y nada vale.

Vease al señor Cousin: seguramente hay elevacion, hay grandeza, y hasta genio hay en esa inteligencia. A pesar del modo mas que raro, en que á menudo se expresa, con respeto á Dios y al alma humana, es teísta en el fondo, es espiritualista; pues el genio no es, ni puede ser materialista, ni ateo. ¡Oh! si hubiese dirigido sus nobles conatos á restaurar la filosofía católica, en vez de vestir á la francesa la filosofía protestante! ¡Oh! si se hubiese dedicado á colmar el vacío que ha dejado en la ciencia la filosofía de estos tres siglos, en lugar de venir á acusar la realidad de ese vacío, por su *eclectismo* el cual en el fondo es la desesperacion de toda verdad! ¡Si hubiese traducido á Santo Tomás y sido su continuador, en vez de traducir y ser eco de los filósofos alemanes! ¡Oh! cuán grande hubiera sido entonces! Con ese noble instinto con el cual adivina y huele á lo léjos la verdad, y que á la verdad lo vuelve á conducir por mas esfuerzos que haga para apartarse de ella; con esa facilidad que le caracteriza para penetrar en la profundidad de la ciencia y descubrir lo mas recóndito que encubre su seno; con esa fuerza de lógica por la cual obliga á los principios á revelarles

sus consecuencias mas secretas y mas lejanas; con esa habilidad de síntesis por la cual agrupa las ideas mas contrarias, los hechos mas solitarios, para reunirlos en haz, y subordinarlos al intento que se propone; con ese poder de imaginacion que sabe dar á las fantasmas que produce, todo el prestigio é importancia de la realidad; con ese maravilloso talento de exposicion que difunde la luz en los asuntos mas oscuros, y vuelve concreto lo mas abstracto; con esa magia de estilo, en fin, que le permite vestir de las formas mas nuevas y halagüeñas aun los pensamientos mas banales, aun las paradojas mas monstruosas; con tantas calidades eminentes que con tanta dificultad se encuentran en la misma inteligencia, si hubiese caminado el señor Cousin en la senda de la ciencia católica, hubiera merecido el dictado de filósofo y de gran filósofo. En él hubiera hallado San Agustin un imitador, Santo Tomás un intérprete, Fenelon un rival, la filosofía un restaurador, la verdad un apologista, la Iglesia un defensor, la juventud un maestro, nuestro siglo un sabio, la Francia nueva gloria. No solamente su genio no hubiera sufrido menoscabo en cuanto á su elevacion, ni hubiera menguado el brillo de su estilo, ni faltado su nombre la celebridad, sino hubiera ocupado el primer lugar entre los filósofos del dia. La historia le hubiera discernido el título de restaurador de la filosofía en el siglo décimonono, sus libros serian libros clásicos é indispensables en las escuelas cristianas, y su nombre pasaria á la posteridad con la doble auréola de filósofo y apologista. ¡No hubiera sido hermoso, noble, grande, magnífico, un papel semejante?

¡Pero, ay! lo repetimos aquí con un sentimiento profundo, el señor Cousin no supo conocerse ni estimarse suficientemente á sí mismo, ni se engrió, como le hubiera sido lícito, por las calidades de su ingenio y el valor de su persona. Pudiendo ser original, asociándose á las grandes antorchas del cristianismo; se hizo imitador y siguió las huellas de los modernos pedantes de la filosofía pagana; pudiendo aspirar legítimamente á ser maestro, se ciñó á ser discípulo; pudiendo enriquecer á su patria como filósofo verdadero, teniendo el cristianismo por base y la razon por apoyo, consintió en trasladar á una de las mas bellas lenguas cristianas, los sistemas absurdos, fofos, ininteligibles, funestos de la Alemania, formulados en un estilo bárbaro, sistemas que tan solo colijan el escepticismo en todo su rigor, y el ateísmo en toda su impiedad.

Lo mismo sucedió con el mas serio de sus discípulos, con esa bellísima índole, con Jouffroy. Cristiano, hubiera sido un Pascal, filósofo no fue mas que un Pirron.

Vease al contrario á San Agustin. Mientras fue maniquéo y filósofo, no sabiendo, no queriendo, como él mismo nos lo dice, doblar su frente ante la humilde sublimidad de la revelacion cristiana, nada supo, nada comprender pudo en lo tocante á Dios, al hombre y al universo; y pobre, pequeño, oscuro, estéril, nada escribió, nada hizo que fuese verdaderamente grande, verdaderamente útil. Los destellos de su genio eran invisibles, ó desaparecian como los relámpagos en las tinieblas. Pero apenas, por su conversion al cristianismo, se vió alumbrado por la luz de la fe, desplegóse su razon, llegando al sublime pináculo de la filosofía y la teología. Entonces mostróse su genio en toda su grandeza, en toda su prodigiosa fecundidad, enriqueciendo con increíbles tesoros la ciencia de Dios y del hombre. Su inteligencia fulguró con ese inmenso esplendor que, reflejándose en sus inmortales escritos, alumbran la Iglesia y el orbe entero hace catorce siglos. Lo mismo puede decirse de Santo Tomás. Léjos de haber experimentado menoscabo su genio por haberse atendido á las revelaciones divinas con la sencillez de un niño, á este mismo espíritu de fe debe su profundo saber, lo abundante de sus luces, el vigor de sus razonamientos, la seguridad de sus intuiciones, la fecundidad y utilidad de sus trabajos. Y el mismo Bossuet, ¿ acaso hubiera sido lo que fue, si no hubiese sido creyente, si no hubiese sido cristiano? ¿ A qué debe la fructificacion de su genio sino al estudio de las sagradas Escrituras y de los Padres? ¿ A qué debe su elevacion, su grandeza y sus luces, sino al manantial de la fe en que bebió abundantemente?

Aun más léjos iremos, y, sin temor de ser desmentidos, afirmaremos que hasta Platon, Aristóteles y Ciceron, deben únicamente á un resto de fe en las tradiciones, sus más hermosas páginas sobre Dios, sobre el alma, sobre el premio y castigo de la otra vida, y aun sobre la caída del hombre y su necesidad de ser levantado por una mano celestial. Todas estas verdades no las descubrieron, no las aprendieron *raciocinando*, sino las conocieron consultando las creencias populares. Todo eso era creído por todos los pueblos; todo eso era la luz de la revelacion primitiva que, por la tradicion, brillaba para el mundo entero, y *alumbraba á todo hombre que viene á este mundo*. Solo al explicar estas creencias inmortales fueron verdaderamente elocuentes y aun sublimes; y, al contrario, cuando, prescindiendo de las tradiciones, solo consultaron su propia razon, y se atrevieron exclusivamente á su razon, fueron pequeños, oscuros, inciertos, en contradiccion consigo mismos. Hecho es este que á nadie debe sorprender, si se considera

que la filosofía religiosa es siempre jóven, sublime, fecunda, interesante, porque se inspira de la bondad de Dios que es todo eso; al paso que la filosofía que se forma fuera de la religion, carece de savia, de raíces, de base, y consiguientemente es estéril, sin consistencia, sin duracion, llevando, en la nulidad, la sentencia de su muerte.

Al recorrer la historia del espíritu humano, de la filosofía antigua y moderna, el hecho más cierto, más evidente, más constante, más universal que resulta es el siguiente: Que la razon humana, cuando quiso caminar por sí sola, nunca acertó á destruir error alguno, ni inventar, ni volver á hallar, ni afianzar verdad alguna; sino siempre se manifestó pequeña, estéril, dudando de todo é ignorándolo todo; mientras que, al contrario, cuando se apoyó en la fe procedente de las revelaciones divinas, fue siempre grande, elevada, fecunda, dando vuelo á la verdad, hollando el error, haciendo progresar la ciencia, ensanchando el horizonte de la inteligencia humana, mereciendo bien del hombre y de la sociedad. Hecho es este que no se atreverá á negar ningun hombre serio, por poco versado que esté en los sistemas filosóficas.

Ahora bien, tal es el hecho incontestable en que hemos insistido en el combate que, en nuestras conferencias, entregamos al error del día, el *racionalismo*. Al recorrer las mayores tesis de la religion, que son también las tesis más importantes de la humanidad, no hacemos más que indicar á la razon que su aislamiento de la fe es la causa de su descarrío, miseria, esterilidad, impotencia, degradacion y anonadamiento; y, al contrario, le presentamos la sumision á la fe como la primera condicion, la condicion indispensable de su riqueza, de su grandeza, de su fuerza, de su elevacion, de su fecundidad. ¿ Y, en vista de esto, quién puede sin injusticia, acusarnos de atentar á la razon? ¿ Es atentar á la razon el indicarle la vía del catolicismo como la vía en la cual nada tiene que perder y todo que ganar? ¿ Es acaso atentar á la razon, el señalarle lo que puede acarrearle perjuicios ó la muerte, para que de ello se aleje; y al mismo tiempo lo que puede darle la fuerza y la vida para que á ello se abraze? Tanto valdria llamar « enemigo del caminante » el guía de los Alpes que le indica el verdadero camino, aunque estrecho y escarpado, y le advierte que se precava contra las sendas fáciles en apariencia, pero que conducen á un abismo. Tanto valdria llamar « enemigo del enfermo » al médico que de este aparta lo que puede arruinar su salud, y le induce á que siga el solo régimen que puede restablecerlo.

La misma palabra de *razon católica* hubiera debido ponernos al

abrigo de toda crítica de parte de las personas á quienes nos dirigimos en este momento; y basta para dar á entender que tan ajeno es de nuestro intento el separar el catolicismo de la razon, como la razon del catolicismo; y que deseamos una razon creyente y una creencia racional: *Rationabile obsequium*; pues la creencia sin razon es el paganismo, y la razon sin creencia es el protestantismo, es el filosofismo. Solo en el catolicismo (tomo I, Confer. II, § 5), se armonizan entre sí la razon y la fe, y tal es el atributo característico de esta divina religion.

§ IX. Uno de los pensamientos del autor de estas Conferencias es la restauracion de la filosofia católica. Injusticia del achaque imputado al gobierno de haber destruido la filosofia, mientras que parece restaurarla sobre bases cristianas. Ventajas que á la religion y á la filosofia resultan de esta restauracion. Esperanzas del autor de las Conferencias en este punto. Conclusion.

Por lo que toca á la filosofia, léjos de querer su destruccion, lo que con ahinco deseamos es verla salir de su nulidad y miseria; pues, sin atribuirnos el dictado de *filósofo*, tenemos una afeccion particular por la filosofia, que hemos estudiado durante treinta años, y cuya restauracion sobre bases católicas, es uno de los fines que nos hemos propuesto en nuestras conferencias.

Un católico zeloso, lleno de ciencia y saber, nos ha honrado últimamente escribiéndonos las siguientes palabras: « Muchos eclesiásticos « no lo han comprendido á Vd.; pero no así los filósofos, los mun- « danos y los escépticos, á quienes consta perfectamente que el fin que « Vd. se propone es restaurar la filosofia cristiana, y por eso lo atacan « á Vd. con tanta furia. » Entregamos estas palabras á la reflexion de todos los críticos cristianos.

Se ha imputado al gobierno actual la acusacion de haber, por su nuevo reglamento de estudios, destruido la filosofia. Nada es mas injusto que aserto semejante, pues no se puede destruir lo no existente. Oigamos á Jouffroy que, al citar á Reid (*Ensayo sobre las facultades*, etc.), intitula la filosofia moderna « un laberinto de desvarios, contradicciones y necesidades; » y el señor Ancillon la denomina « un caos verdadero en que se suceden, luchan y se aniquilan entre sí las nociones, los principios y los sistemas. » En efecto, las hazañas, las proezas de esta filosofia tan ruidosa, se reducen á una obra de destruccion, á un monton de ruinas. Pues bien, el gobierno, á lo que parece, no quiere consentir en que la juventud acuda á perderse en tales

ruinas, con riesgo de romperse la cabeza ó las piernas. Así mandó desocupar y barrer tantos escombros y basura, dejando así libre el terreno para nuevas construcciones. Por nuestra parte, estamos convencidos que no tardará en ser erigido el edificio de la filosofia sobre bases mas sólidas, sobre bases cristianas.

Esperamos asimismo que regresará el pensamiento humano á la filosofia de la edad media, de que tanta bafa han hecho los fisgones desde Lutero; así, como en materia de muebles y vestidos, hemos vuelto á lo antiguo, habiendo podido cerciorarnos que lo cómodo y gracioso es cabalmente lo que tanto habiamos ridiculizado. Penetrados todos de la miseria, de la bajeza, de la ligereza, de lo vago, de la nada de la filosofia moderna, todos prescindirán de ella. Hace tres siglos que se habia dejado á un lado á Santo Tomás; y llegará el momento en que todos acudirán á este gran doctor, convencidos á la vez y entusiastas de la solidez, profundidad, elevacion, exactitud, precision, fecundidad, y aun la gracia de su filosofia. Tal es la condicion que exige la restauracion de la verdadera ciencia y de la sociedad.

Sí, volveremos á ver esa filosofia cristiana tan difamada, tan calumniada, tan despreciada, por el espíritu de impiedad, de ignorancia, de necedad, de presuncion. A todos constará la solidez de sus principios, la exactitud de su método, la armonía de sus doctrinas, la estension de sus relaciones, la elevacion de sus miras, las ventajas de sus consecuencias, la importancia y grandeza de sus resultados. Sí, cundirán la admiracion y el amor por esa filosofia tan pura como el rayo de Dios que la alumbra, tan verdadera como la religion que le sirve de apoyo y guia, tan segura como la fe que es su punto de partida, tan solícita y zelosa por la dicha y dignidad del hombre, como la misma Iglesia que la protege y santifica empleándola en su enseñanza y defensa; y cabrá no poca pena por su larga ausencia, y no poca vergüenza por el largo destierro á que fue condenada.

El filósofo que sinceramente se deleita en la verdad y en belleza, el genio cristiano que hasta aquí descuidó la sana filosofia porque no la conocia, y porque tal vez ni aun sospechaba su existencia, feliz será al consagrarle sus meditaciones, sus trabajos y afeciones. Inteligencias esclarecidas la defenderán y vengarán con un éxito mas brillante de lo que nos permite esperar la pobreza de nuestros medios. Numerosos ingenios entrarán en la senda que nos habremos ceñido á indicar, y que, olvidada por años tantos, parecerá nueva, mientras que será tan antigua como el cristianismo. Vigorosos talentos completarán lo que

apenas hemos podido bosquejar de un modo informe, en una lengua que no es la nuestra, pero que hemos preferido en este trabajo, para dar á la Francia nueva prueba de nuestra antigua simpatía.

Desde la época de trasformacion tan venturosa, recobrando esta filosofía cristiana el lugar que le toca, el papel que le conviene en el órden científico de los pueblos cristianos, cristianizará, santificará este órden, profanado hace tanto tiempo, y lo preservará de su ruina y corrupcion; pues solo es lícito al elemento religioso y á todo lo que á él se refiere, santificarlo y conservarlo todo. Así cesará, lisonjémonos de ello, ese divorcio funesto entre la ciencia y la religion, que amenazó comprometerlas y perderlas á ambas. Así la religion, agradecida á la ciencia por el nuevo concurso que le habrá prestado, y la ciencia, agradecida á la religion, por la nueva luz que de ella habrá recibido, cobrarán nuevo amor una por otra, y formarán nueva alianza; mientras que el hombre, enriquecido con la ciencia divina, despues de haber explicado el mismo pensamiento de Dios, vendrá á deponer á sus pies sus trabajos, sus descubrimientos y sus progresos como un homenaje de reconocimiento, como una confesion: QUE TODA CIENCIA VERDADERA VIENE DE DIOS, Y A DIOS DEBE REGESAR: *Deus scientiarum Dominus est; ipsi preparantur cogitationes.* (I. Reg., c. 2.)

Tal vez nos ilusionamos en demasia al emitir tales preságios, al concebir tales esperanzas. Tal vez no sea notada esta pobre publicacion en medio de las luchas estrepitosas que agitan, en la actualidad, los intereses materiales y todas las pasiones. Tal vez las doctrinas que esta obra contiene no las juzguen los hombres acreedoras al honor de la discusion. Tal vez promuevan apenas un ligero ruido seguido pronto del olvido silencioso. Mas no importa: estas doctrinas, derivadas principalmente de Santo Tomás, sin añadir casi nada de nuestro propio fondo, no son menos las doctrinas luminosas que ha profesado la Iglesia durante seis siglos; y nunca perecen enteramente, ni permanecen estériles los gérmenes de verdad en medio de los hombres; y si no fructifican en un tiempo fructifican en un otro.

Pero, aunque no pasase de un sueño este pensamiento, el Dios que penetra en el fondo de los corazones y discierne todas sus intenciones, se dignará mirarnos con ojo de misericordia por habernos propuesto sinceramente en este escrito, como en todos nuestros trabajos, su mayor gloria, la propagacion de su religion, y la verdadera dicha de la humanidad.

CONFERENCIAS

SOBRE LA

RAZON FILOSOFICA

Y LA

RAZON CATOLICA.

UNDÉCIMA CONFERENCIA.

IMPORTANCIA DEL DOGMA DE LA CREACION, PROCEDENTE DE LOS EXTRAVIOS DE LA RAZON FILOSOFICA MODERNA.

Si Moysen et prophetas non audiunt, neque si quis ex mortuis resurget, credent: Si no creen en el testimonio de Moisés y de los profetas, tampoco creerán en el testimonio de los muertos resucitados.

(Evang. del segundo jueves de Pascua.)

1. Por estas graves y profundas palabras que pone el Hijo de Dios en boca de Abraham, cuando, desde las alturas celestiales, se dirige el patriarca al mal rico precipitado en lo mas hondo del infierno, nos revela el Salvador una verdad tan grande como importante.

Y es que es tan natural, tan necesario al hombre el someterse á la autoridad, unirse á su yugo, y por ella vivir, que si tiene la desgracia y la temeridad de negar sumision á la razon de la autoridad, acabará por sacudir tambien la autoridad de la razon; y, cesando de creer en el testimonio ajeno, llegará á no creer en el testimonio de sus propios sentidos, en